

debes episcopum esse in Ecclesia et Ecclesiam in episcopo, et, si quis cum episcopo non sit, non esse in Ecclesia.

¡Oh Señor! ¿Cómo pueden algunos sacerdotes hallar difícil la obediencia en presencia del ejemplo que de ella les dais todos los días en el santo Sacrificio? Nunca resistís a su voluntad sino que descendéis del Cielo á sus manos para pasar de ellas á su propio corazón y al de los fieles. Ellos disponen de Vos, si se me permite la expresión, como un maestro dispone de su oficial, un propietario de sus bienes. Y ellos ¿rehusarán ¡oh Dios mío!... someterse á Vos? ¿Y tendrán dificultad en dejarse dirigir de vuestra infinita sabiduría en la persona de aquellos que habéis encargado para guiarlos? ¿En dónde están, los que después de haber pasado muchos años al servicio de vuestros altares os dicen con la misma sinceridad que San Pablo en el primer instante de su conversión: «Señor, qué queréis que haga?» La mayor parte ¡ay! ¿no son acaso de esos ciegos á quienes su miseria y vuestra compasión, según el pensamiento de San Bernardo, os obligan á preguntarles qué es lo que ellos mismos quieren que les hagáis? *Heu! plures habemus evangelici illius cæci, quam novi Apostoli imitatores.... sic perfecto, sic multorum hodie pusillanimitas et perversitas exigit, ut ab eis queri oporteat: Quid vis ut faciam tibi? et non ipsi quærant: Domine, quid me vis facere?*

otros lo estamos al Soberano Pontífice. Puestos por el Espíritu Santo para gobernaros y guiaros, nosotros os debemos dar el ejemplo: con la gracia de Dios, seremos siempre para vosotros modelos de obediencia á nuestro divino Jefe representado en la persona de Pedro que siempre vive en medio de su Iglesia. (*Últimas palabras de Monseñor de Quélen, en su alocución á los ordenandos en las temporadas de la Santísima Trinidad. 1829.*)

(1) San Bernardo, Sermo, I, in conversione S. Pauli.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El celo por la gloria de Dios estimula al buen sacerdote á imitar la obediencia de Jesucristo.* La Sabiduría encarnada escogió la obediencia para reparar la gloria divina, ultrajada por la rebeldía del pecado. Un Hombre-Dios, obediente hasta la muerte de cruz.... ¡Ah! no cabe mayor expiación de la desobediencia del hombre! Por esta virtud yo ofrezco á Dios lo mejor que tengo, el solo bien que yo pudiera rehusarle. El recibe de mí el homenaje que le es más agradable, esto es, que quiere reinar en mí no ya como Soberano sino más bien como Padre.

PUNTO SEGUNDO.—*Los intereses de la Iglesia, segundo motivo que estimula al buen sacerdote á practicar la obediencia.* El respeto á la autoridad, hé ahí el poderoso resorte que el Salvador puso en las manos de su Iglesia. Hé ahí el secreto de todos sus triunfos y el que hace temblar al infierno. ¡Ah, inspira temor y espanto el considerar hasta qué punto este respeto se ha debilitado en nuestros días!

PUNTO TERCERO.—*El compromiso contraído, tercer motivo que estimula al buen sacerdote á practicar fielmente la obediencia.* Toda promesa obliga, sobre todo, cuando va revestida de una forma sagrada, y se hizo con madura reflexión. Recordemos el día de la ordenación. *Promittis?.... Promitto.* La pregunta era terminante, la respuesta fué clara, la promesa absoluta y sin sombra de restricción. Yo prometí obediencia y respeto; *prometí una y otra cosa.*

MEDITACIÓN XXXIX

Frutos preciosos que el buen sacerdote recoge de su obediencia

- I. La paz del alma.
- II. Su propia santificación.
- III. La eficacia de su celo.

PUNTO I

La obediencia, fuente de paz

El Prelado que me consagró tuvo buen cuidado de asegurarme en la ceremonia de mi ordenación ese bien tan grande.

Llenó su corazón de gozo mi respuesta: *Promitto*, á la pregunta que me había hecho: *¿Promittis obedientiam?...* y en seguida inclinó hacia mí su veneranda cabeza y me dió el ósculo de paz, diciéndome: *Pax Domini sit semper tecum*, con lo cual parecía decirme: «Aprende de qué manera quiero yo usar de mi autoridad para contigo. Si cumples con tu promesa, la unión más íntima reinará entre nosotros. No solamente seré yo para ti un amigo y un padre, sino que además Dios, que da su gracia á los humildes y la paz á los hombres de buena voluntad, te colmará de sus favores, pues no hay corazón más humilde que el corazón perfectamente sumiso, como tampoco voluntad mejor que la que se une á la voluntad divina, manifestada en la del Superior.»

¡Qué manantial de tranquilidad es este pensamiento para el sacerdote obediente! Yo estoy donde Dios quiere, yo hago lo que El quiere, El mismo eligió para mí el puesto que mis superiores me confiaron y El lo escogió con el fin, no solamente de su gloria, sino también de mi felicidad. Este es el empleo que El desea que yo cumpla, este el campo y no otro que El quiere que yo cultive. Debieran espantarme los múltiples obstáculos que se presentan ante mi vista, y de una manera especial mi incapacidad; pero el Señor ¿no puede vencer los primeros y suplir la segunda? Después de todo, El me pide el trabajo y no el éxito. Desde el momento en que yo obedezco, El se encarga de todo; al ejecutar sus órdenes debo contar con su protección.

Al contrario ¡qué motivo de turbación para aquel que reconoce que la determinación tomada acerca de él es obra de su influencia y esfuerzos más bien que

ordenación divina! ¿Me quiere Dios en el puesto que ocupó? ¿Hice lo posible para llegar hasta aquí? ¿que haré ahora si no tengo la gracia de la misión? ¿Y cómo puedo tenerla si yo mismo procuré este puesto? Evitemos este tormento y zozobra, trabajemos para conseguir esa dulce paz que siempre acompaña la sumisión al beneplácito de Dios.

PUNTO II

La obediencia, poderoso medio de santificación

Tres cosas concurren principalmente á formar y á perfeccionar los santos: la inocencia en que viven, las virtudes que practican, las gracias que reciben. El hombre de fe se siente inflamado de amor por la obediencia cuando la considera bajo este triple aspecto.

Desde luego él ama la obediencia en el mismo grado en que ama la pureza de su alma, porque el espíritu de sumisión destruye la causa primera de todo pecado y de todo vicio, es decir, la propia voluntad: no se peca ni es uno vicioso de otra suerte que queriendo lo que Dios no quiere ó en no queriendo lo que Dios quiere. San Bernardo decía: «Quitad la voluntad propia y ya no habrá infierno.» Y añadía después: «¡Quién me diera cien superiores en lugar de uno solo! En vez de servirme de pena y molestia, serían para mí un valioso socorro. Cuanto más dependa de otros, menor será mi responsabilidad.» Los superiores son como una cerca; su autoridad no es una cárcel que nos aprisiona, sino una muralla que nos protege. Hay más seguridad en obedecer que en mandar; esta es una máxima de San Francisco Javier (1). Se peca con frecuencia en el ejercicio y desempeño de la autoridad; mas nunca obedeciendo por Dios. Ante el tribunal del Soberano Juez, no habrá excusa más valedera que la siguien-

(1) *Longe tutius esse regi quam regere, parere quam imperare.*

te: Señor, Vos me dijisteis que estabais en la persona de mis superiores, y que obedeciendo á ellos á Vos mismo obedecía; os hubiera disgustado resistiendo en lo más mínimo á sus deseos. San Juan Climaco llama la obediencia, *Immediata ad Deum excusatio* (1).

En segundo lugar, el espíritu de sumisión, ahorrando nuestro orgullo, dispone nuestra alma para la humildad y para todas las demás virtudes. *Mater et custos omnium virtutum* (2). *Obedientia sola virtus est quæ virtutes cæteras menti inserit, insertasque custodit* (3). Es el compendio que contiene todas las demás; por esto es la que conduce á Dios por el camino más recto: *In obedientia summa virtutum clausa est: nam simplici gressu hominem ducit ad Christum* (4). En ella consiste la perfección: de ella, lo mismo que de la caridad, reciben todo su mérito. ¿Qué valor tendrían mis mortificaciones si no buscara en ellas sino la satisfacción de mi voluntad? (5). ¿No se confunde la misma caridad con la obediencia? *Si diligitis me, mandata mea servate* (6). *Obedientia virtus est consummata.... etiam ipsa charitas, si contra hanc quidquam diligere moliatur.... nec vera esse charitas iudicatur* (7).

Finalmente, lo que en especial hace que la obediencia sea un medio tan eficaz para nuestra santificación es que ejerce una especie de imperio sobre el Todopoderoso, y alcanza de El todo lo que le pide: *Citius exauditur una obedientis oratio, quam decem millia contemptoris* (8). La generosidad del hombre obediente atrae hacia él la vuestra, ¡oh Dios mío! Os entrega lo que tiene de más precioso ¿qué podéis pues, Vos rehusarle? Si hacéis Vos la volun-

- (1) Grad., 4. De Obed., c. 2.
- (2) San Agustín, l. XIV, de Civ. Dei.
- (3) San Gregorio, l. XXXV, Mor., c. X.
- (4) San Jerónimo, in Reg. mon.
- (5) Is., LVIII, 3.
- (6) Joann., XIV, 15.
- (7) Phil. abb., de Obed. cleric., c. I.
- (8) San Agustín, De oper. monach.

tad de los que os temen (1) ¿cuánto más haréis la de los que os aman? De este modo, con el ejemplo de obediencia que me dais, me abris un camino seguro y fácil para una perfección la más eminente. ¡Ay, cuán poco os he seguido en este camino, pues tan imperfecto me hallo todavía! Concluyamos con San Agustín que nada hay tan ventajoso para el alma como el obedecer: *Nihil tam expedit animæ, quam obedire* (2).

PUNTO III

La obediencia fecundiza las obras del celo apostólico

El Hijo de Dios ha salvado al mundo por la práctica de esta virtud; á ella debe el nombre de Jesús, el más hermoso y adorable de todos los nombres: *Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem.... Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen* (3). De la misma manera nosotros merecemos por la obediencia el honor de cooperar á la salvación de nuestros hermanos: En efecto, por ella recibimos las inspiraciones del mismo Dios, principal agente en la obra de la santificación de las almas. Somos dóciles instrumentos en sus manos. El nos da su espíritu y nosotros lo comunicamos á los demás.

¿Queremos una prueba ó un bosquejo de las bendiciones que están reservadas á la obediencia de los varones apostólicos? Toda la noche habían estado los discípulos trabajando en una pesca infructuosa: Jesús no está con ellos, y por consiguiente habían obrado según su propia voluntad. Pero en cuanto echan de nuevo las redes en nombre y por mandato del Salvador ¡qué cambio! ¡cuán abundante es la

- (1) *Voluntatem timentium se faciet* (Ps. CXLIV, 19).
- (2) *In Ps. 70, conc. 2.*
- (3) *Philipp., II, 8, 9.*

pesca! *Præceptor, per totam noctem laborante, nihil cepimus; in verbo autem tuo laxabo rete. Et cum hoc fecissent, concluserunt piscium multitudinem copiosam* (1). Hé ahí cómo se explica algunas veces el éxito admirable de algunos sacerdotes muy inferiores á otros en dotes; Dios recompensa su humilde sumisión. Les da un gran poder sobre los espíritus de las tinieblas, cuyo orgullo y desobediencia fué causa de su perdición. *Dum voluntatem suam aliis subjiciunt, ipsi lapsis per inobedientiam angelis Dominantur* (2); y por ellos se cumplen de una manera absoluta las palabras del Espíritu Santo: *Vir obediens loquetur victoriam* (3). *Vincit enim mundum, diabolum, et seipsum* (4).

Como preparación para la Santa Misa quiero ¡oh Dios mío! traer á la memoria los poderosos motivos que me obligan á la obediencia y renovar el sacrificio de mi propia voluntad, inmolándola á la vuestra que reconozco en la de mis superiores. No, no quiero ser ya insensible al consuelo que experimenta el que no busca otra cosa que vuestra gloria; quiero ser un brazo poderoso para vuestra Iglesia, cooperar á la salvación de mis hermanos y poner en seguridad mis intereses más sagrados. Estoy á ello obligado por deber de justicia, pues he prometido obediencia en el momento más solemne de mi vida. Uno ¡oh Señor! mi sumisión á la del Verbo encarnado, objeto de todas vuestras complacencias; sean cuales fueren mis oraciones, escuchadlas siempre en el mismo sentido de la que os hizo en el Huerto de las Olivas: *Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu* (5). Estas palabras que á menudo os dirigia un santo sacerdote sean la expresión de todos mis votos y súplicas: (6) *Fac mecum sicut scis et vis, scio enim quod amator sis.*

- (1) Luc., V, 6.
- (2) San Gregorio., in l. IV. Reg., c. IV.
- (3) Prov., XXI, 28.
- (4) Petr. Bles. Ep. 137.
- (5) Matth., XXVI, 49.
- (6) San Ignacio de Loyola.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La obediencia, manantial de paz.* Desde que hice promesa de ella en mi ordenación se me dió el ósculo de paz. Cuánta quietud y sosiego encierra este pensamiento: estoy donde Dios quiere, hago lo que El me ha ordenado. En cambio ¡qué motivo de inquietud para el sacerdote que se ha colocado á sí mismo en el lugar donde se encuentra! ¿Qué podré yo hacer en el cargo que ocupo, sin la gracia propia del mismo cargo, y cómo poder conseguirla, por otra parte, si fuí yo mismo que me esforcé para ocupar aquella dignidad y no Dios que me puso en ella?

PUNTO SEGUNDO.—*La obediencia, excelente medio de santificación.* 1.º El espíritu de sumisión destruye la causa primera de todo pecado, que es la propia voluntad. Se peca más fácilmente ejerciendo la autoridad que obedeciendo por Dios. 2.º El espíritu de sumisión encadena el orgullo, y por la humildad predispone al alma á todas las virtudes; la obediencia es la madre y guarda. 3.º Ejerce una especie de imperio sobre Dios, obteniendo de El todo lo que pide. *Citius exauditur una obedientis oratio, quam decem millis contemptoris.*

PUNTO TERCERO.—*La obediencia fecundiza las obras de celo.* El Hijo de Dios salvó al mundo por esta virtud; á ella debe su nombre Jesús. La pesca resulta infructuosa mientras se hace por voluntad del hombre; y es abundante cuando Dios la ordena. *Vir obediens loquetur victoriam. Vincit mundum, diabolum, et seipsum.*

MEDITACIÓN XL

Cómo debe ser la obediencia de los sacerdotes para que tenga semejanza con la de Jesucristo

- I. Religiosa y filial en su causa.
- II. Pronta y simple en la ejecución.
- III. Universal en su objeto.

PUNTO I

Obediencia religiosa y filial en su causa

Nunca motivo alguno puramente humano movió el corazón de Jesús á obedecer á débiles criaturas. Veía siempre en ellas la autoridad de un Dios, á quien toda voluntad debe estar sometida: *Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper* (1). *Scriptum est..... ut facerem voluntatem tuam..... Deus meus volui* (2). Pero este Dios al cual únicamente obedece es un Padre á quien ama con ternura; y precisamente para manifestarle su amor, procura hacer en todo su voluntad. *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te* (3). *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio; surgite, eamus hinc* (4).

Procuremos que tenga nuestra obediencia este doble carácter. Que sea religiosa y filial en su causa, Sólo Dios tiene derecho á exigirla. No permitamos que nuestra voluntad llegue á degradarse hasta el punto de servir al hombre: *Non..... quasi hominibus placentes, sed ut servi Christi, facientes voluntatem Dei ex animo* (5). Si consideramos á Dios en la persona

- (1) Joann., XIX, 11.
- (2) Ps. LXXXIX, 8, 9.
- (3) Matth., XI, 26.
- (4) Joann., XIV, 31.
- (5) Eph., VI, 6.

de nuestro superior, sea cual fuere, recibiremos sus órdenes con respeto: *Cum timore et tremore* (1). Jamás saldrá de nuestra boca una palabra de queja, de murmuración ó de calumnia; y lejos de desaprobar el uso que hace de su poder, nos esforzaremos siempre en justificarlo, cuando menos, por la sencilla razón de que estando colocado en lugar más eminente se halla en mejores condiciones de juzgar lo que es ventajoso ó nocivo al cuerpo cuyo jefe es y al cual tiene poder para gobernar (2).

Pero debemos unir al respeto la confianza filial, inspirada por el amor. El obispo es el padre de nuestro sacerdocio: *Reverendissime pater, postulat sancta mater Ecclesia.....* estas fueron las primeras palabras dirigidas al obispo consagrante en la ceremonia de mi ordenación. El ósculo de paz que imprimió en mí, después que le prometí obediencia, parecía decirme de la manera más conmovedora: «Sed para mí verdadero hijo; yo seré para vos un padre: mi amor os mandará y el vuestro me obedecerá». ¡Cuánta y qué sublime significación en tan pocas palabras! ¡El obispo es el padre, el sacerdote el hijo! Oigamos á los santos doctores: *Esto subjectus pontifici tuo, et quasi animae parentem suscipe* (3). *Præpositum timeas ut dominum, diligas ut parentem* (4). *Omnes sequimini episcopum, ut Christus Patrem* (5). *Episcopus, ut membris suis, utatur clericis, et maxime ministris, qui sunt filii* (6).

- (1) Eph., VI, 5.
- (2) *Spiritus sanctus possuit episcopus regere Ecclesiam Dei.* (Act., XX, 28).
- (3) San Jerónimo., *Ad. Nep.*
- (4) San Jerónimo., *Ad. Nep.*
- (5) San Ignacio Mártir.
- (6) San Ambrosio. l. II. *Ofc. c. XXVII.*

PUNTO II

Obediencia pronta y simple en la ejecución

No se lee que Jesús haya discutido ni una sola vez sobre su misión; todo lo que de El se ha escrito atestigua el ardor con que se entregaba al cumplimiento de la voluntad de su Padre. ¿Cómo comenzó su carrera? *Exultavit ut gigas ad currendam viam* (1). Y cuando se trata de terminarla con los más horribles suplicios, cuando se dirige á Jerusalén á padecerlos, apresura el paso de tal modo que es admirado por sus mismos apóstoles: *Et precedebat illos Jesus, et studebant, et sequentes timebant* (2).

Si nuestra fe reconoce á Dios en la persona de nuestros superiores, les obedeceremos con prontitud mezclada de alegría de corazón, y nos guardaremos bien de quitar á nuestro sacrificio lo que le da todo su mérito á los ojos de Dios: *Hilarem enim datorem diligit Deus*. La obediencia que yo procuro diferir cuanto me sea posible, y á la cual no me resigno sino después de haber expuesto mil dificultades; la obediencia que me quita más de lo que yo soy, es una flor marchita; ha perdido toda su fragancia y frescura; y ¿osaré ofrecérsela á Dios? (3).

Tomemos como modelos á los querubines de la visión de Ezequiel. Además de las seis alas que indicaban su prontitud en cumplir las órdenes recibidas, tenían también cuatro caras vueltas á las cuatro partes del mundo; y volaban no ya hacia donde los llevaba su inclinación, sino hacia donde los conducía el espíritu del Señor. Más aún, estaban siempre de pie y con las alas desplegadas en actitud de

(1) Ps. XVIII, 6.

(2) Marc., X, 32.

(3) *Non placet Deo morosa et disceptatrix obedientia, que quidem cum precipitur, querit cur, quare, quamobrem precipiatur.* (S. Aug., de Civ. Dei.) *Divino intonante precepto. obediendum est, non disputandum.* (Ibid., l. XVI, c. XXXII),

emprender el vuelo para indicar que siempre estaban dispuestos á dejarlo todo hasta el Cielo si hubiera sido menester para obedecer á Dios. ¡Dichoso el sacerdote que guarda esta simplicidad y exactitud en la obediencia que debe á su obispo, que es el lugar teniente de Jesucristo, porque merecerá que el Salvador le diga el día que lo presente á su Padre: *In auditu auris obedivit mihi!* (1).

PUNTO III

Obediencia universal en su objeto

Abraza todos los tiempos y lugares, todo género de ocupación y sólo excluye lo que es evidentemente pecado; el compromiso que hemos contraído delante del altar santo no admite restricción alguna (2). Importa pues, sacrificar todos nuestros caprichos, poner en peligro si fuera menester nuestra salud, sin olvidar jamás que nuestro divino Rey obedeció por nosotros hasta la muerte. Nos es permitido sin duda hacer á nuestro superior observaciones respetuosas, pero cuando se ha determinado que debemos cultivar este ó aquel campo, ocupar este ó aquel lugar, entonces no debemos ya vacilar sino someternos y marchar. San Agustín dice: Es perfecto servidor vuestro ¡oh Dios mío! aquel que no busca que le mandéis lo que le agrada, sino que estudia la manera de querer solamente lo que Vos ordenáis.

¿Sería acaso mucho pedir que un obispo encontrara en su clero, para las necesidades de su diócesis, la misma sumisión que los jefes de la milicia hallan en

(1) Ps. XVII, 45.

(2) *Ipsam quem pro Deo habemus, tamquam Deum, in his que aperte non sunt contra Deum, audire debemus.* (San Bernardo De precep. et disc. c. IX.). *Presbyteri et diaconi sine voluntate episcopi nihil faciant; is etenim est cuius fidei populus Domini creditus est, et a quo pro animabus ratio exigatur.* (Cant. apost. 38) *Sine episcopo nemo quidquam faciat eorum que ad Ecclesiam spectant.* (San Ignacio mártir).

sus subordinados? ¿Hay acaso en el ejército una posición difícil, una misión peligrosa ante la cual retroceda, no ya solamente el oficial, sino también el simple soldado? A la menor señal pierde hasta la vida, y es tan frecuente esta heroica obediencia que ya casi no la admiramos. ¿Cuál es el móvil? El deber, la fidelidad, el honor... *Et illi quidem, ut corruptibilem coronam accipiant, nos autem incorruptam* (1). El sacerdote pusilánime ¿cómo podrá hacerse á sí mismo ese reproche sin confundirse?

¡Oh buen Jesús, quiero desde luego modelar mi obediencia según la vuestra! Vos me habéis abierto los ojos, yo os doy gracias por ello. Cuando sienta alguna repugnancia en obedecer, me figuraré que me decís: *Quid magnum, si tu, qui pulvis es et nihil, propter Deum te homine subdis, quando ego, Omnipotens et Altissimus, qui cuncta creavi ex nihilo, me homini propter te humiliter subjeci?* (2). Temeré en adelante perder vuestra gracia y amistad en cuanto me aparte de Vos, dejando de practicar una virtud que tuvisteis en mayor estima que la misma vida. *Qui se subtrahere nititur ab obedientia, ipse se subtrahit a gratia* (3).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Obediencia religiosa y filial en su causa.* Tal ha sido la de Jesucristo sometándose á débiles criaturas. El veía en ellas sólo la autoridad de un Dios á quien veneraba, y de un Padre á quien amaba. Procuremos que nuestra obediencia tenga este doble carácter. Que sea fruto de nuestra fe. Si en la persona de nuestros superiores miramos sólo á Dios, recibiremos sus órdenes con respeto; y las ejecutaremos con una confianza filial, amando á Dios en aquellos que el representan.

(1) I Cor., IX, 25.

(2) Imit., l. III, c. III.

(3) Imit., l. III, c. III.

PUNTO SEGUNDO.—*Obediencia pronta y simple en su ejecución.* Desde el momento que consideremos á Dios en la persona de nuestros superiores, nuestra obediencia será pronta y mezclada de alegría. La obediencia forzada es una flor marchita. Dichoso el sacerdote que sea digno de que el divino Salvador le presente á su Padre y diga de él: *me obedeció al momento que oyó mi voz.*

PUNTO TERCERO.—*Obediencia universal en su objeto.* Debe abarcar mis acciones, mi voluntad, mi juicio, todos mis instantes, excluyendo solamente el pecado. La verdadera obediencia nada cercena de lo que le ha sido mandado, y no ofrece las hostias mutiladas; jamás concluye, si es preciso, la letra comenzada. Es ciega, y en su ceguera hace consistir su sabiduría. Se extiende á cualquier superior por muchos que sean sus defectos. El buen sacerdote desea ser hasta el fin como un niño en manos de la obediencia.

MEDITACIÓN XLI

Progresos del buen sacerdote en la perfección: Jesus autem proficiebat..... coram Deo et hominibus
(Luc., II, 52).

I. El buen sacerdote adelanta cada día en gracia delante de Dios.

II. El buen sacerdote adelanta cada día en gracia delante de los hombres.

PUNTO I

Continuos progresos del buen sacerdote en la santidad interior

En Jesucristo este progreso era sólo aparente, pues desde el mismo y primer instante de su encarnación poseía ya todos los tesoros de la ciencia, sabiduría y de una santidad infinita; pero el adelanto en sus ministros debe ser real y verdadero. Por la imposición